

Reloj de arena

De la palabra heredada sin dioses

Por Alejandro Bruzual

Para Isabella Bertorelli

El problema se plantea de manera paradójica: la poesía está y no está en las palabras. En *El arco y la lira*, un clásico de la literatura del siglo XX –y no solo de la latinoamericana–, Octavio Paz reflexiona con inteligencia de poeta sobre la poesía, el poema, el acto poético. Aborda por complementación, enumeración y particularmente por contradicción lo que en definitiva parece no expresable. La poesía es lo que queda entre las palabras cuando se intenta definirla. “Mas eso que está más allá del lenguaje solo puede alcanzarse a través del lenguaje”. Si es el camino a un algo sin lo cual no existe, es el trayecto lo que cuenta. Una transformación de la mirada, intensificación del sentido que da razón al arte. La palabra se acerca, se hace ambigua y compleja. Recobra su personalidad primigenia, cuando era voz, color y ritmo, potencialidad tocando el asombro. Todo poeta es un creador de emociones primeras. Comunicación de alto voltaje, donde Apolo embriaga y Diana permite ser acariciada.

Desde muchos poemas, Paz se propone cercar algo que sabe imposible. En su lenguaje pleno, poesía equivale a arte, y poema –como cuadro, sonata, película– es un ejercicio particular que la convierte en obra, cerrando un concepto que es vaciado desde afuera. Evita así que sea banalizado, convertido en etiqueta de cualquier precio. La experiencia como lector produce su metodología, al “preguntar al poema por el ser de la poesía”. Siglos de obras determinantes impedirían hacerlo de otra manera. Sin embargo, evita la sumatoria, apela al cruce de lo “único, irreductible e irrepetible”. Es la “condensación del inconsciente” del poeta. Ezra Pound topografiaba un delgado camino histórico que agregaba intensidades a la palabra. Invita a recorrerlo, lo exige al crítico, al que pretende serlo. Para Paz, “la unidad de la poesía no puede ser asida sino a través del trato desnudo con el poema”. Se cercan las palabras, y con ellas se dibuja un círculo a mano alzada donde habita su creador. Recuerdo unas líneas de Breton o Éluard que restringían la práctica surrealista solo a poetas. No los producía.

Hoy vivimos dinámicas adversas a la creación, al mundo y a la vida. El llamado posmodernismo hizo mucho en lograrlo, quizás fuera su correlato estético. Justificó lo ya reificado, y reificó la justificación. Profundizó el sentido de mercancía sobre el de necesidad. Vacío el contenido y lo llenó de



sospechas. El arte ya no como conspiración y pensamiento en sí mismo, sino voluntad de apariencia. Se abandonó el sueño de la interpretación. Se perdió la fascinación de lo inabarcable, el claror de la utopía, rindiéndose a lo intrascendente, a lo inmediato, a lo asible. Moda desdoblada en condena. Se postula la incapacidad del decir y se dice como reflejo. Es el triunfo del viejo individualismo, arraigo de soledad nueva en tierra baldía. La manzana podrida del Romanticismo, no su negación. “La poesía es un alimento que la burguesía –como clase– ha sido incapaz de digerir”, asegura Paz. Y asegura más: “La poesía moderna se ha convertido en el alimento de los disidentes y desterrados del mundo burgués”. Ese mundo todavía victorioso que habrá que volver a discutir, intentar desarmarlo, devolver el vaciamien-

to. De otro lado, ve desvanecerse la potencialidad de lo colectivo: “ya no hay pueblo, sino masas organizadas”.

La poesía latinoamericana tiene como centro de luz a Rubén Darío. Los grandes vanguardistas, que rechazaron al modernismo para encontrarse a sí mismos, lo leyeron con pasión, lo reescribieron como poética. ¿Qué otra cosa fue transformar el “hacer rosas artificiales que huelan a primavera” en el “hacedla florecer en el poema”? Pero su demasiado talento se tornó angustia, porque lo supo insuficiente y, tantas otras, petulancia narcisista. Del “Quii pourrais-je imiter pour être original”, pudiéndolo todo, pasó a la ansiedad del “Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo”. Darío es uno en cada uno de sus libros, y su viaje fue al compromiso: “La torre de marfil tentó mi anhelo; / quise encerrarme dentro de mí mismo, / y tuve hambre

de espacio y sed de cielo / desde las sombras de mi propio abismo”. La defectuosa “Oda a Roosevelt” es un conmovedor documento de su grandeza humana.

Poetas de los riesgos, Darío supo del libro mayor que el poema, de la articulación totalizante. Sin embargo, Paz advierte sobre la experiencia que se torna “procedimientos, hábitos y recetas”. Así fue la vocación etrusca de Giacometti, obsesionado para siempre. En cambio, los todavía grandes del siglo XX se lo jugaron cada vez en un golpe de dados. La distancia que va de *Dublinenses* a *Finnegan’s Wake* es el salto a las profundidades de una incomunicación deseante. Remarcando la vanguardia como mofa del mercado, podríamos parafrasear a Eliseo Diego, para pintar su revolución: “al escribir como al desgano, Picasso, sobre el dinero”. Y cambiando siempre su proceder musical, los periodos de Stravinski impusieron un nuevo orden historiográfico.

Pero la relación angustiosa con la obra nos lleva a reintentarlo todo. El trabajo se torna veta y herida simultáneas, descubrimiento y pérdida. Leemos en nosotros mismos y el camino se hace vago. Lo creemos inédito y nos repetimos. Hay obras fundamentales que son callejones sin salida. Otras, detonantes de obras nuevas. El estilo propio surge de la espera y el buen oído, de su conciencia, solo así hay aliento hasta la isla donde descansan las barcas. Pigmalión cansado aferra el cincel entre sus manos. Luego, lo distinto pregunta, el vacío aguarda y amenaza. La incapacidad del silencio llena la plenitud que se nos niega. Es que Oriente es tan distante y tan distinto.

El poema es un hueco negro en el espejo, que todo se lo traga. Somatización invertida y desollamiento erótico. Se dice necesidad a gritos, y se torna eslogan. Deseo tenso de comunicación que contraría la escisión del yo con el mundo. Busca al otro en su propia intimidad y lo construye. Yo que soy otro, soy el mismo. La experiencia estética compartida. Más que trascendencia, pues todo terminará en ruinas, es un dibujo a orillas de lo vivo. Para Mahfud Massís, el poeta palestino-chileno tan venezolano, bastaba si uno solo de sus poemas resistiera. Una imagen que se aferre a la mirada del lector que lo descifra. Bajar del infierno hacia la luz. Al Este aguarda un sol de colores y otro sol con ropaje viejo de peregrino. Travesía para quien se atreva a ponerlo todo en los remos. Sacralidad de lo humano, sin dioses, sin otra recompensa, mientras se pueda.

relojdearenabruzual@gmail.com
 alejandrobruzual.wordpress.com